

LA DEFENSA DE LA PAZ UNE A LAS MADRES EN UN SOLO ABRAZO

Informan dirigentes de la Alianza que les llegan cartas diariamente de todo el país, dando apoyo al movimiento mundial de las madres por la paz. Nos dan algunas frases que reproducimos a continuación, pues no es posible publicar todas las cartas:

Barrañuez: ...
Dice doña Adela de Sáenz "Sin paz el hogar se destruye, el árbol amoroso a cuya sombra se cobija y crece segura la humanidad de mañana, perece y con él la dicha, la alegría y el porvenir del mundo".

Barrio La Cruz:
"Estoy por la paz y el destierro de las armas atómicas".
Benita Díaz

Guanacaste, Filadelfia:
"Como mujer casada, no quiero que se desate la guerra atómica y pido a todos los hombres que cambien de ideas para que se asegure la paz de nuestros hogares".
Blanca Galeano de Gutiérrez

Santo Domingo de Heredia:
"Estrechemos las madres todos los lazos de fraternidad y solidaridad que nos unen para levantar una barrera infranqueable contra los guerrilleros".
Teresa de Morales

Barrio Luján:
"Como madre doy todo mi apoyo al Congreso Mundial de Madres."
María Delia de Araya

Goicochea:
"Como madre de cuatro hijos pido que, las armas atómicas sean proscritas y que esa energía se use sólo para el adelanto de la humanidad".
Resa Luz Gutiérrez de Araya

Goicochea:
"Soy madre de cinco hijos varones; como me siento con gran amor por mis hijos hago mi más profunda protesta contra la fabricación de bombas atómicas que a la par de ser una destrucción es algo que desmoraliza a las naciones".
Dora de Sáenz

Barrio Luján:
"Como madre doy mi adhesión a la asamblea internacional de madre que se celebrará en París y cuyo fin es pedir el control de las armas atómicas".
Clemencia de Rojas

Guadalupe:
"Como madre de cuatro hijos pienso y siento que sería terrible la guerra atómica, por eso me uno a todas las madres defensoras de la Paz".
Elsa Bejarano

"Quiero que mis queridos hijos vivan y crezcan sin temor, por eso apoyo la campaña de la Paz".
Caridad de Guerrero
"Nuestros hermanos muertos en las guerras, claman desde el cielo para que nosotras no suframos esas consecuencias y digamos a una voz: No más guerras! Queremos la Paz".
María Cristina Calvo de Quesada

San José — Barrio México:
"No podemos las madres vivir tranquilas, mientras continúe la fabricación de armas atómicas. Este peligro nos obliga a todas las madres a luchar unidas hasta conseguir la proscripción de esas armas infernales. Por eso como madre y como ciudadana trabajo con todas las fuerzas de mi corazón en la gran causa de la Paz, segura de que esta fuer-

za moral derrotará para siempre a los enemigos de la civilización y del progreso".
Luisa González

San José — Barrio Los Pinos
"He firmado contra la guerra atómica porque como madre, pienso en el peligro de destrucción para tantos jóvenes, niños y adultos. Y me digo: Por qué nabrán gobiernos tan egoístas que sólo piensan en destruir el mundo en lugar de salvar la humanidad? Creo que hay que pedir de puerta en puerta y de pueblo en pueblo, que todos firmen contra la guerra atómica".
Clara Durán de Peralta

ZONA BANANERA — PUERTO CORTES — FINCA NUEVE

"Aquí en esta finca de la United Fruit Co., todas las mujeres hemos firmado contra la guerra y firmaremos cuantas veces sea necesario, porque no queremos guerra; QUEREMOS PAZ"

Berta Aguirre, Gloria Faerrón, Anita Castillo, Hilaria Lopez, Cecilia Juárez, Julia Navarro, Digna Abarca, Emilia Montero, Benita Juárez, María T. de Rojas, Anita Navarro, María Juárez, Aída Rosa Redondo, Elena Villalta, Julia Badilla, Felipa Hernández, Cristobalina Jiménez, Lidet Mena, Aida Fajardo, Dolores Iglesias, Antonia Duarte, Celedonia Viachica, Dubilia de Rodríguez, María L. Brenes, Gloria de Chamorro.

De San Ramón TREINTA VIVIENDAS ENTRE EL HUMO Y LA BASURA

La señora Rita de Salas, Presidente de A.M.C. en San Ramón, nos envía datos en relación con el grave problema que sufren numerosas familias que viven cerca del crematorio. Tales informes ameritan la acción del pueblo reclamando la atención del Ministro de Salubridad Pública. Estos son los informes:
A diez varas del crematorio en la ciudad de San Ramón, hay treinta viviendas ocupadas por familias pobres y desvalidas, llenas de niños que juegan entre la basura y el humo. El crematorio no tiene chimeneas, es completamente inadecuado, por lo cual todas las gentes vecinas res-

piran los más nauseabundos olores del humo y la ceniza que se desprende. La mayoría de estas personas están amarillentas, llenas de tos y de fuertes dolores de cabeza.
Los animales descompuestos, la basura y los desperdicios, hacen casi imposible el tránsito por esos lugares.
Este sector de la ciudad, representa un foco peligrosísimo para la salud de todos los vecinos, por lo cual, es necesario que el Ministro de Salubridad y la Municipalidad, atienda con prontitud ese problema.
El pueblo debe exigir la solución inmediata de este asunto.

SECUESTRO Y CAPUCHA

POR SALVADOR CAYETANO CARPIO

Entra en acción Urias. Un puntapié en el abdomen. Al doblarme el dolor, un puñetazo en la cabeza, entre las orejas, y ya estoy en el suelo besando los ladrillos. Los anteojos se han hecho añicos en el choque. Ahora Urias es el personaje central. Es la última avanzada en la defensa de la civilización y la cultura.

Mientras preparan los instrumentos de tortura: cordeles y capucha, los otros le ablandan el terreno. Es parte de la técnica. Puntapiés en los costados y taconazos en la espalda, a granel, entre horribles maldiciones e insultos.

Se acerca Urias, le abre paso. Sigo de bruces sobre el piso. Me quitan las esposas. Que bien, ahora ya podrá llegar la sangre hasta los dedos amoratados. Pero no, ya me están atando nuevamente. Sobre las muñecas adoloridas corre áspero el cordel. Me han quitado el zapato. Ahora me estiran los pies. Me los están jalando hacia la espalda. Pies y manos se han besado: juntos, estrechamente atados en un solo haz. ¡Qué honda sensación de invalidez! Cuando los ojos que están a ras de suelo, cercados por un bosque de botas policiales, ven levantarse un pie amenazador, reflejos intuitivos parten hacia la extremidad urgiendo nerviosamente su intervención; éstas no responden, se desangran bajo los cordeles, pero siguen levantadas como astas que prueban la impotencia.

Habla Menjivar:
—"Por última vez: ¿Vas a hablar?"
—"No sé nada".
Ahora me da instrucciones:
—"Bueno, cuando querrás hablar, mové la cabeza afirmativamente para quitarte la capucha, de lo contrario no te la quitaremos hasta que muras".

Eso me indica que voy a entrar en un mundo dentro del cual quedan ahogados los sonidos.

Urias se monta a horcajadas sobre mi espalda, me va cubriendo la cabeza, hasta el cuello, con la parte superior de la capa de hule que usan reglamentariamente los policías. El forro queda hacia afuera, el hule pegado a mi piel. Ahora no veo nada, la oscuridad me ha caído en pleno día. Qué desagradable el olor del hule que me llena de aire tibio en las últimas inhalaciones.

De repente, el jinete que tengo sobre las espaldas descarga todo el peso de su cuerpo. Al mismo tiempo ha metido el brazo bajo mi barbilla. Me está levantando la cabeza con fuerza, atrayéndola hacia su pecho. Me están empujando las piernas hacia atrás, más, más: cruje la columna vertebral. Mi cuerpo forma un arco tenso, vibrante. Qué difícil es respirar. Están aplastados los pulmones. Uno, otro y otro puntapié, con fuerza, con maestría, con precisión, sobre las costillas, en los puntos que dejan libres las piernas del jinete. Ahora ya no caen al azar.

Ahora tienen un objeto: vaciar de aire los pulmones. Pujidos cortos y agudos, echan hacia afuera la ínfima reserva de aire que guardaban. Quedan vacíos como una bolsa de papel desfundada. Un círculo de acero va ciñendo mi garganta. Una mano implacable, formando un torniquete con los bordes de la capucha va apretando... apretando... hundiendo... hundiendo los bordes como un cuchillo alrededor del cuello. Ya el aire no se puede filtrar dentro de la bolsa de hule. Hacia afuera, inmensa cantidad de oxígeno: todo el oxígeno del Universo. Adentro: nada. Los pulmones piden aire, aire, aire. Bombean hacia afuera la misérrima cantidad que entre sus pliegues aún había; la garganta lo regresa; vuelve a subir y a bajar, a subir y a bajar, cada vez más aprisa, más aprisa, como los émbolos de un ferrocarril en marcha. Más puntapiés. La boca se abre, quiere aspirar, quiere succionar, chupa aire, aire... El hule se pega en los dientes, obtura los conductos nasales. La boca está abierta... ahora está gritando, gritando, con los alaridos de un animal en el matadero. El cuerpo se estira, se encoje, convulsionado por la agonía salta con la desesperación de un pez fuera del agua. El jinete se aferra más y más; acuden en su auxilio a sofocar el caballo desbocado. El cuerpo se ha cubierto de un sudor viscoso, todos los poros están en máxima tensión, las sienas golpean como un gigantesco martillo, los oídos zumban como una estridente orquesta de un millón de grillos; siento que los ojos están saliendo de sus órbitas, el corazón, los pulmones y los intestinos quieren saltar por la boca... "Compañeros, hermanos, todos los que sufriendo estáis la explotación, la injusticia, la miseria, la ignorancia; si este es el último instante de mi vida, ¡qué viva la justicia, qué viva la libertad, qué viva el nuevo mundo de paz y de amor que está construyendo la Humanidad que se levanta!"...

Los estertores de la asfixia llegan a su clímax de violencia. Ahora van descendiendo, se van debilitando. Un temblor convulsivo sacude todo el cuerpo. No he perdido la consciencia. Los verdugos se dan cuenta de que han llegado al límite tras el cual está la muerte. Aflojan poco a poco el círculo que aprieta la garganta. Entra el aire, la vida. Uno, dos, tres... cinco segundos... y ya está el torniquete apretando, ciñendo la garganta. Otra vez los puntapiés, la asfixia, las convulsiones, los estertores de la agonía... ya en el umbral de la muerte, se vuelve a aflojar el torniquete, no por piedad, sino por frío cálculo, para tener la oportunidad de repetir la infernal experiencia.

Después de esta segunda vez, he quedado agotado, no reacciono con avidez al aire que se cuela por la bolsa de hule después de haber sido soltados sus bordes.

—(CONTINUARA)—

ABUSOS EN LOS COMISARIATOS DE LA COMPAÑIA BANANERA

Hemos recibido una carta de un amigo de nuestro periódico que habita en una de las fincas de la Compañía Bananera en la cual nos denuncia la explotación de que son objeto los trabajadores en los comisariatos y hace un llamamiento a las gentes para que se defiendan, en los siguientes términos:

"Hago un llamamiento a los trabajadores bananeros para que

se defiendan de la especulación que en su perjuicio cometen algunos administradores de comisariatos de la Compañía Bananera al alterar los precios establecidos por la empresa. Cada trabajador, cuando hace sus compras en los comisariatos, debe exigir factura para que así pueda defenderse de tan terribles especuladores que no desean más que llenarse las bolsas con la miseria de los demás".

PIDEN ESCUELA PARA FINCA PUNTARENAS

"Señor Ministro de Educación Pública San José.

Honorabilísimo Señor Ministro.

Los suscritos, todos trabajadores de la Compañía Bananera de Costa Rica en Finca Puntarenas, y madres interesadas, ante usted manifestamos:

Nosotros tenemos que mandar a nuestros hijos a la escuela de Finca Cartago, porque en Finca Puntarenas no hay escuela. Pero para conducirse a la escuela de Finca Cartago, nuestros niños tienen que caminar dos kilómetros por medio del bananal, a pie, expuestos a toda clase de peligros; bajo la lluvia, bajo el sol abrasador, o bien no asistir a la escuela. Obligar a estudiar en estas condiciones es sencillamente inhumano, por lo que pedimos al Señor Ministro gestionar con la C.B.C.R. la apertura de una escuela en Finca Puntarenas.

Hacemos esta petición a Ud. Señor Ministro, porque nuestras peticiones a la Bananera no son atendidas, por el contrario se nos responde con represalias.

Aquí en la Bananera nadie puede decir esta boca es mía porque está pendiente del despido violento sin prestaciones.

Somos del Señor Ministro Atentos Servidores,

Quintín Chavarria Chavarria, Alejandro González Mora, Carlos Villareal Espinoza, Porfirio Solís, Carmen Meléndez V., Lydia Cortés, María Eugenia Solís, Juan Rodríguez Ruiz, Anania Espinoza Chavarria, Rita Reyes, Isabel Vela, Ermidia Jpáez, Santos Amador Ermelinda, Arce de Matarrita.
Siguen cien firmas más...
Finca Puntarenas, 16 de Mayo de 1955.